

España



ADIÓS A UN «PADRE» DE LA CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA



Mariano Rajoy
Presidente del Gobierno
«Con su desaparición perdemos todos una insustituible figura de la Transición y a un hombre ejemplar»

Muere Peces-Barba, un

■ Falleció ayer en Oviedo, a los 74 años, a causa de una insuficiencia renal y cardíaca

■ Su perfil político estuvo marcado por su papel en la Constitución y porque nunca dejó la Universidad

Manuel Calderón

MADRID-Gregorio Peces-Barba fue fiel en partes iguales a la política y a la docencia. Al Parlamento, del que fue presidente entre 1982 y 1986, y a la Universidad, que no dejó nunca, ni aun teniendo altas responsabilidades de Estado, algo que muchos compañeros no entendieron, como si dar clases a buena hora de la mañana le quitase colmillo político. Como conjunción de estas dos tareas, quedó dibujada su posición en la vida pública, una tarea que podría definirse como «socialismo de cátedra» a la manera de un Julián Besteiro, o, en expresión de su admirado Norberto Bobbio, al que visitó en su casa de Turín en 1997, «socialismo liberal».

En su caso, fue socialista paradójicamente por su compromiso con las ideas de la democracia cristiana, en donde empezó su militancia antifranquista en los años sesenta. En 1963 fundó, junto a Joaquín Ruiz-Giménez —con quien mantuvo una gran amistad y se unió a su demócratacristiana Izquierda Democrática—, Pedro Altares y Javier Rupérez, «Cuadernos para el diálogo».

CAPÍTULO 1 El Príncipe jura la Constitución

El Príncipe de Asturias juró la Constitución el 30 de enero de 1986, nada más alcanzar la mayoría de edad. La ceremonia tuvo lugar en las Cortes, de las que Gregorio Peces-Barba era presidente. Él también había formado parte de la comisión constitucional que redactó la Carta Magna y que entró en vigor el 29 de diciembre de 1978 después de ratificarse en referéndum.



Pero la síntesis de su trabajo político estuvo en su paso por la ponencia constitucional que redactó la Carta Magna. No fue un hombre de enfrentamientos —aunque sí de dialéctica directa— porque tenía recursos intelectuales para imponerse pero también para llegar a acuerdos con sus adversarios, siempre y cuando éstos tuviesen los mismo recursos, como así lo supo ver Manuel Fraga, otro ilustrado que compartió comisión constitucional, pasión política y devoción por la docencia.

Fallece así el cuarto «padre» de la Constitución, después de Gabriel Cisneros, Jordi Solé Tura y Manuel Fraga. Formaba parte de

una estirpe de políticos marcados por la Transición, que ejercieron la política siempre en sede parlamentaria, haciendo leyes, con mucho sentido del servicio público y del diálogo. Así lo reconocieron ayer muchas voces de todo el arco parlamentario.

En horas de obituarios, basta ver sus fotografías fumando un habano en el escaño para entender que ser diputado en los primeras legislaturas era una actividad que se vivía con ansia pero sin prisa. El actual presidente del Congreso, Jesús Posadas, dijo ayer que para Peces-Barba el «Congreso era su casa».

Su actividad política se ha mantenido siempre en la duplicidad

marcada por el Derecho y el Parlamento. Estudió en la Complutense de Madrid, ejerció a partir de 1962 de abogado, se las tuvo que ver ante el Tribunal de Orden Público, asistió a los condenados a muerte en el Proceso de Burgos, fue detenido y en 1972 se afilió al PSOE.

Siempre profesor

En 1977 fue elegido diputado por Valladolid y en 1982 fue nombrado Presidente de las Cortes sin ningún voto en contra, puesto que abandonó en 1986. De nuevo volvió a la Universidad, a la cátedra de Derecho Natural y Filosofía del Derecho de la Complutense. Una de sus tomas de postura más



Carme Chacón
Diputada socialista y ex ministra de Defensa

El ejemplo de un hombre

Hombre ejemplar, profesor intachable y socialista», así recordó a Julián Besteiro, Gregorio Peces-Barba, en el momento de su elección como presidente del Congreso, en 1982. Tres décadas después, esas mismas pa-

labras encajan a la perfección en el amigo que ayer nos dejó. Gregorio Peces-Barba fue una persona íntegra, cercana, a veces tímido a veces vehemente, siempre humano.

Fue mucho más que un profesor, fue un maestro de maestros que dejó una huella imborrable en nuestra Constitución. Su compromiso con la Universidad fue absoluto. Un compromiso que tuvo su culminación en la creación de la Carlos III de Madrid, el sueño de un hombre de ciencia que hoy es un referente como centro de excelencia académica. Puede decirse, sin temor a exagerar, que la Universidad fue su vida.

Fue uno de aquellos hombres que hicieron posible el cambio de una España cainita

En sus gestiones como rector, y en los distintos cargos públicos que desempeñó, Gregorio hizo gala de su dominio del arte de la palabra, de la conversación. Tuve la inmensa fortuna de disfrutar de esas conversaciones. Gracias a ese don para el diálogo y el razonamiento era capaz de vencer sin imponer. Por eso, en el

fondo, era un maestro que enseñaba, pero que no daba lecciones.

Y además Gregorio siempre fue, y siempre estuvo orgulloso de ser socialista. Socialista a la manera de aquel humanismo que encarnó Fernando de los Ríos. Una ética política que hace de la diferencia un puente, y de la discusión, conocimiento. Por eso él fue uno de aquellos hombres ejemplares que hicieron posible el cambio de una España cainita, a una España en paz, porque, como dijo Fernando de los Ríos, «en España lo revolucionario es el respeto».

